

verificó á 25 de octubre de 1014, recibiendo aquél 25 onzas de oro, con que pudo llevar á cabo la interrumpida construcción. El nombre del artífice que erigió el templo ha quedado sepultado para siempre en olvido; y aunque tal vez existe algún documento de la época que lo menciona, la dispersión de los códices de aquel archivo hacen inútil, si no imposible, semejante averiguación. El que dirigió el claustro no fió tampoco su nombre al pergamino, pero sellólo en la piedra, donde durará al menos tanto como su obra (1). Por lo que respecta á los demás artífices que en siglos más modernos trabajaron en el monasterio, ni lápidas ni códices honran su memoria; pero en medio de su obscuridad sublime, más que de nombradía y de gloria, cifien la sencilla corona de la humildad! (a)

(1) Dice así: *Hæc est Arnali sculptoris forma cæli (b)—qui claustrum tale construxit perpetuale.*

(a) Escasísimos son, en efecto, los datos que tenemos acerca de la construcción de este insigne cenobio. Consta solamente que en el siglo XIV se trabajaba para completar el templo, labrándose el notable altar mayor. En el siglo siguiente continuaban las obras; citase un maestro Alfonso que pintaba las tablas de dicho altar (1473). En la pasada centuria el mal gusto dominante hizo sufrir á la fábrica variaciones que alteraron en algunos puntos su majestuoso conjunto.

Poseía esta casa preciosas obras de arte en orfebrería, pinturas y códices iluminados; no siendo menos valiosa su biblioteca, enriquecida en el siglo XV con algunas de las primeras obras que se dieron á la estampa en España, con la particularidad de haber sido impresa una de ellas, la titulada *De Religione*, del abad Isaac, en el propio monasterio (1482).

En él tuvieron lugar importantes hechos históricos, pues las cortes catalanas se habían reunido algunas veces bajo sus bóvedas.

Se conservan aún hoy día y se enseñan al visitante, la capa pluvial y el alba del abad Arnaldo Ramón de Biure, que fué asesinado la noche de Navidad de 1351, en la misma iglesia, por Berenguer de Saltells y otros de sus secuaces, en venganza, al parecer, del incumplimiento en el pago de una cuantiosa suma que debía percibir Saltells por razón de un pleito sobre la herencia de su familia, legada por su padre al monasterio.

(b) Don Manuel Milá y Fontanals en el prólogo al *Album pintoresch monumental de Catalunya* corrige esta inscripción de la manera siguiente:

Hæc est Arnalli  
sculptoris forma Geralli  
qui claustrum tale  
construxit perpetuale.

Dicho *Album* publicado por la «Associació Catalanista d' excursions científicas» puede asimismo consultarse con referencia al monasterio de que se trata.

## San Miguel del Fay

Por el despuntar de un suave y claro día de primavera, en aquella hora en que débilmente empieza el bullicio á renacer en la ciudad, deje el artista atrás los muros de Barcelona, y despídase de las amigas torres de la Catedral que se enrojecen con los primeros rayos del sol. Si en vez de obras del hombre, desea contemplar los monumentos, permítasenos esta expresión, que sin esfuerzo arroja de su seno la naturaleza, diríjase al Vallés en cuyo extremo encontrará un lugar tan bello y que así llenará su alma como la mejor producción del arte. Al principiar su viaje, á poca distancia de la Ciudad de los Condes verá elevarse una colina de muy rápida pendiente, desgajada de los vecinos montes que la cercan. Parece un eterno centinela apostado á la entrada de aquella dilatada llanura, que está espiando lo que en ella acontece. Ocupan la cima las ruinas de un vasto castillo, del cual subsisten aún algunos lienzos de muro con cuatro ó cinco torrecillas. Y sin embargo aquellos despedazados arcos, que ahora se dibujan en la atmósfera, aquellos desmoronados torreones opusieron una impenetrable barrera al ímpetu de los sarracenos: y mientras la voz del imán convidaba los mahometanos á la oración desde la cúpula de la vecina Catedral convertida en mezquita, mientras en las almenas barcelonesas ondeaba orgullosa la media luna, la capilla del castillo de Moncada recibía las preces de los esforzados catalanes y su torre central enarbolaba el pendón de la Cruz. Recorra el curioso viajero con detención aquellos vestigios, y se convencerá de su primitiva fortaleza; pero si hacia la parte de oriente se abre á sus piés la boca de una negra caverna, guárdese de entrar en ella, pues según es fama, cruzan sus oscurísimas y profundas galerías altas y blanquecinas visiones y percíbese á lo lejos el sordo murmullo de un lago misterioso que rueda sus turbias y solitarias olas por

entre aquellas peñas que nunca vieron la luz. Con todo, parece que la dificultad de internarse, y no la consideración debida á tan respetables consejas, es lo que arredró á cuantos intentaron ver si efectivamente aquella caverna tiene comunicación con la orilla del mar (1) (a).

Salude empero el observador tan venerables monumentos del valor de nuestros antepasados, y atravesando el Vallés, éntre en Caldas de Monbuy, célebre por sus aguas termales y frecuentada por los que gimen en la aflicción de las dolencias (b). Al salir de esta villa hacia San Felío de Codinas, vase ya elevando el terreno, y la campiña pierde gradualmente la apacible igualdad que hasta allí conservara. Montañas altísimas ciñen el horizonte; y á medida que se adelanta en el camino, otros mon-

(1) También nuestro Pujades intentó emprender semejante expedición, pero con la franqueza y candor que le caracteriza confiesa, forzoso es decirlo, el miedo terrible que le infundió la vista de la sola entrada, aunque con sutileza pondera antes la dificultad de la empresa. Dice así: «Yo no quiero atribuir esta obra á algún mal espíritu, como hacen las viejas á la par del fuego cuando están hilando con sus ruecas en las noches de invierno.... De personas que hayan probado á pasarla toda no tengo relación cierta y averiguada; pero puedo certificar haber visto en la capilla de Nuestra Señora de este castillo una tablilla en memoria de un milagro que hizo Dios por intercesión de su Santísima Madre librando tres hombres vecinos de la ciudad de Barcelona que quisieron con curiosidad demasiada pasar de cabo á cabo esta cueva; los cuales entrados que fueron bien adentro de ella, se espantaron de cierta visión ó fantasma que el temor les hizo concebir y que se les puso en la imaginación, pareciéndoles ver un grande cabron y algunas calaveras y huesos de hombres muertos, y así encomendándose á la Virgen María Santísima pudieron volver atrás y salir por donde habían entrado..... Quise entrar en esta cueva en cierta ocasión que con algunos amigos fuimos por nuestra devoción en romería á dicha capilla de Nuestra Señora; mas la memoria de lo que había oído y el asombro que causa ver su entrada y precipicios me representaron tantos peligros que me hicieron desistir del curioso sinó temerario pensamiento y del deseo que llevaba.» *Cronic. univ. de Cataluña*, Part. 3, lib. XIV, capt. 40, pág. 259.

(a) Posteriormente han sido visitadas varias veces estas cuevas por los excursionistas, sin que se haya hecho en ellas ningún nuevo descubrimiento.

(b) Son dignas de verse en Caldas la iglesia parroquial, donde se venera el Santo Cristo bizantino llamado la *Santa Magestat*; la portada de dicha iglesia que es un ejemplar de buen gusto dentro del estilo plateresco; las casas señoriales de Rupit y de Vallgornera, que aunque en ruinas ofrecen bellos fragmentos; la barriada llamada de la *Sinagoga* por su aspecto característico; y otros antiguos restos entre ellos varias lápidas que recuerdan la importancia de la villa en la época de la dominación romana.

tes más encumbrados asoman su cabeza azul por encima de los primeros, y pasma la imaginación aquel mar inmenso de cumbres variadas y caprichosas, aquel grandioso anfiteatro cuyas gradas parece se remontan á las nubes. Barrancos profundos orlan el sendero; la naturaleza vase mostrando sublime con la aspereza y grandiosidad de las montañas, y el artista la saborea con ávidos ojos, hasta que imprevistamente al subir una pequeña colina aparece el pintoresco pueblo de San Felío, y sus casas ocupan en parte la cima de un cerro, al paso que otras desparrámanse caprichosamente en una hondura, en cuyo centro elevase aislada la iglesia. Antes de llegar á esta aldea, déjanse á la derecha las ruinas del castillo de Ganta, llamado ahora de Monbuy, donde, según Pujades y Diago, se refugió el Conde don Borrell II después de la supuesta batalla en que cerca de Caldas le derrotaron los moros. Sentado al pié de aquellas solitarias paredes, sigue el viajero con la vista el curso del Besós, y descubre á lo lejos el castillo de Moncada. Si entonces silba el viento por las grietas de los muros y agita las cimas de los pinos que zumban como los bramidos hondos y continuos de la mar lejana; si amontónanse en el horizonte densos y apiñados nubarrones; gime tristemente alguna puerta que aún se conserva; los altos y aislados trozos de muro parece se bambolean... diríais que dentro de aquellas ruinas percíbese el crujir de las aceradas armaduras, y que los antiguos guerreros lanzan desde las nubes alaridos de dolor sobre su olvidado y destruído castillo.

Árida y peñascosa se presenta la senda al salir de San Felío, pinos gigantescos levántanse á sus bordes, y aumentan la poética tristeza de aquellas desnudas rocas. Antes de ahondarse el viajero hasta encontrar al riachuelo que viene de San Miguel, tienda una mirada sobre el magnífico cuadro que á su vista se despliega. Divisa á sus piés la llanura del Vallés que, circuída por todas partes de montañas, parece un lago de verdor, y sus desparramados pueblos otras tantas flotantes islas. Cíñenla por

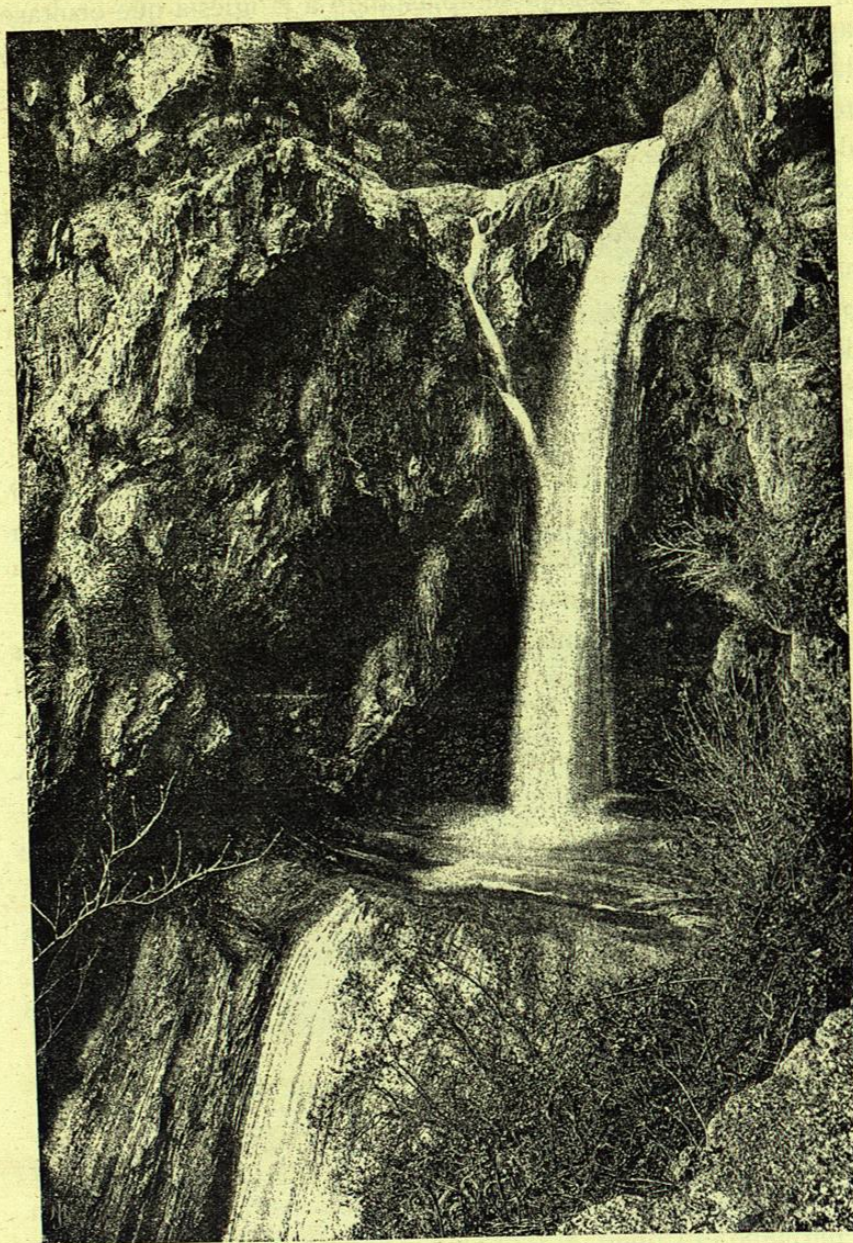
la parte de oriente á mediodía los montecillos de la costa, cuya falda lame el Mediterráneo, al paso que su mole nos roba la vista de aquel país sembrado de deliciosas poblaciones, y donde entre odoríferos naranjos levantan su airosa cabeza numerosas torres antiguas que son su no menor adorno (1).

Al acercarse á San Miguel, percíbese ya de lejos confuso sonar de una estrepitosa corriente, que resuena en aquellos barrancos como el hondo retumbo del trueno. La frescura del aire, la quietud del sitio, el aromático perfume que hinche la atmósfera reaniman al fatigado viajero y embelesan su alma en dulce tristura. Destilan todas las hojas cristalinas gotas, y vense también húmedas las yerbas, entre las cuales brota por todas partes el agua, que salta regocijada á reunirse con el agitado Rosiñol que murmurando corre por el profundo de aquella hondonada. Levantemos empero los ojos, y contemplemos la vista general de las cascadas que ocupan el fondo. Formando como numerosos escalones álzase una imponente masa de roca que cierra el paisaje (b); en su mitad hay un ancho rellano, sobre el cual ábrese la cueva de San Miguel, y el resto del peñasco está cortado tan perpendicularmente y tanto sobresale de la cueva,

(1) Toda la costa de que hablamos está en efecto guarnecida de torres y castillejos más ó menos antiguos. Unos ocupan el centro de las poblaciones, rodeados de casas y huertas, otros se han unido á una habitación particular, y no pocos coronan las colinas que de trecho en trecho se presentan. Pero siempre es pintoresco el efecto que producen, y merecen citarse la esbelta torre que se ve en el Masnou, el castillo gótico de Vilassar casi entero, y las ruinas que dominan á Caldetas. Dejando á un lado la pública fama que las atribuye todas al tiempo de los moros, creemos que debieron su construcción al continuo sobresalto que difundían por aquellas playas los corsarios berberiscos. Sea como fuere, distraen y consuelan al artista que atraviesa el país, y que, al notar además la salubridad y delicia del clima, la serenidad del cielo, la fertilidad del terreno y la belleza de los caseríos, olvida el cansancio del viaje y se despide con pesar de la más bella porción de Cataluña (a).

(b) Esta muralla natural está cortada artificialmente, formando un corredor por el que pasa el camino que, por la parte posterior del convento y en dirección norte, se dirige á Centellas. En la cortadura hay un pequeño arco ó portal con una inscripción y un escudo, trabajado todo por el artista barcelonés Jerónimo Mauri en 1790.

(a) Véase, más adelante, descrita especialmente esta comarca.

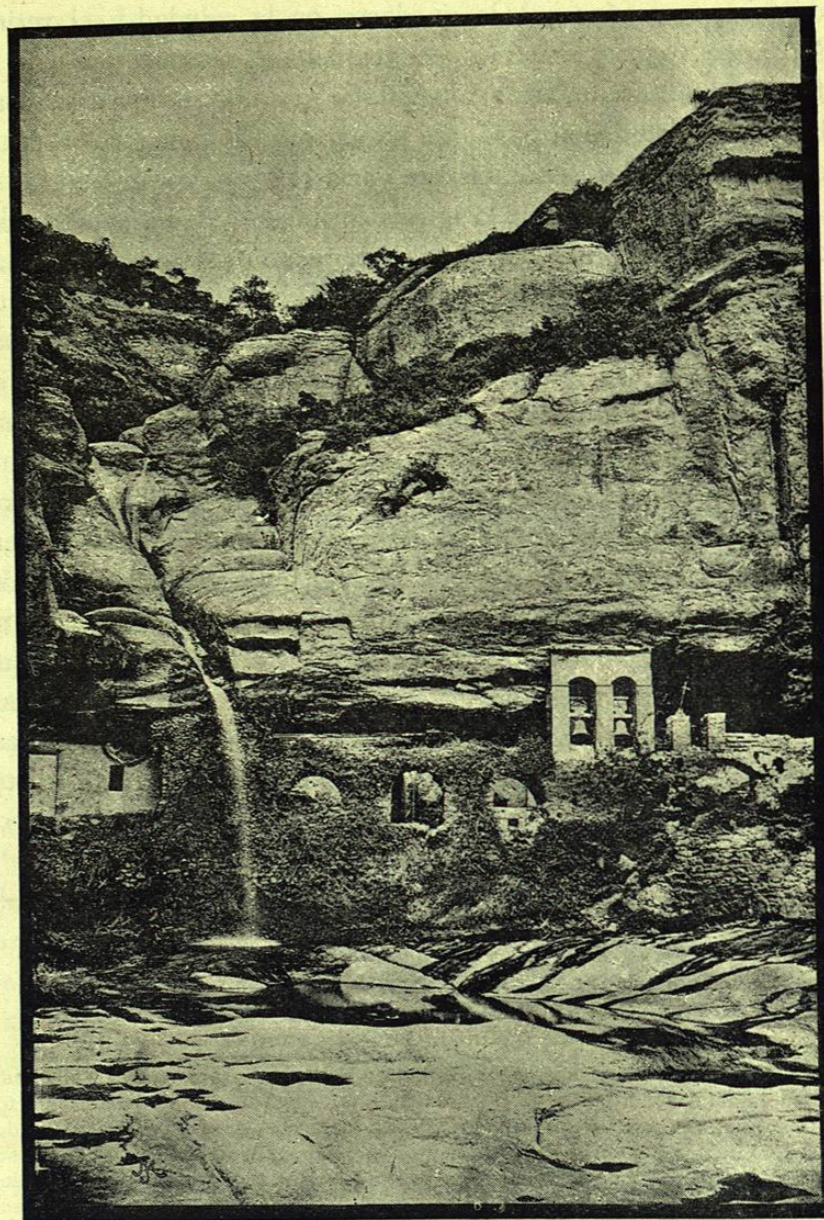


SAN MIGUEL DEL FAY.—LA CASCADA

que parece va á desgajarse aplastando á la iglesia que ocúltase agachada en el espacio que deja aquella profunda excavación ó hendidura. Á la izquierda derrúmbase con estruendo y constantemente una bella cascada, que forma vistosísimos juegos. Desde la cima salta sobre un extremo del rellano en considerable y compacta masa con tanta furia, que apenas puede medirse con la sonda la profundidad del hoyo que durante tantos siglos ha abierto en la roca; desde allí deslízase como un terso cristal por una lisa pendiente, y oponiéndose á su paso algunas rocas divide sus aguas y murmura agitada y enfurecida hasta entrar en el sosegado cauce. Esta es la cascada que por lo regular se derrumba sin interrupción; las demás son accidentales, y únicamente existen cuando las crecidas lluvias de invierno aumentan la ordinaria corriente del Rosiñol, que entonces salta furioso en toda la anchura del peñasco, botando en el rellano y derribándose después de mil maneras hasta lo más profundo.

En el seno de la misma peña ábrese humilde y retirada la pequeña iglesia, cuyo techo sostienen algunas columnas y que ninguna particularidad ofrece al viajero. Fué antiguamente monasterio, y los documentos que lo confirman nos demuestran que ya existía á mediados del siglo XI (a). Ciertamente el hombre que huía del bullicio del mundo y buscaba un lugar donde pasar en el estudio y en la paz el resto de sus días, con dificultad hubiese hallado otro sitio tan solitario y tan á propósito para la meditación y como tal lo escogió don Guillelmo Berenguer, hijo del conde de Barcelona don Berenguer Ramón I *el Curvo* y de doña Guisla. Cansado de las pompas cortesanas, cedió generosamente á su hermano mayor el célebre don Ramón Berenguer el *Viejo* el condado de Ausona que le legara su padre, y después de haber dado al mundo repetidas pruebas del valor de su brazo en las guerras contra los moros, á que asistió con su hermano el Conde de Barcelona, arrió la lanza y colgó la

(a) De antiguos documentos se deduce que fué construída á fines del siglo X.



SAN MIGUEL DEL FAY.—LA IGLESIA

espada, viniendo á confundirse con los pacíficos monjes y pasando los pocos años que le quedaron en la soledad y el retiro. Murió en 1057, y más dichoso que los demás miembros de la familia de Wifredo, tiene un epitafio que nos recuerda su nombre y sus virtudes al paso que ha encontrado quien lo arrancase de la oscuridad y olvido en que yacía (1) (a).

Desde la entrada de la iglesia hasta el borde de la peña donde se ve el campanario, sirviendo de techo toda la montaña, hay una especie de corredor formado por la misma naturaleza que da sobre el rellano y conduce á la ya descrita cascada. La roca desde donde ésta se precipita está enteramente vaciada en su interior, cual si la caprichosa mano de los genios de las aguas hubiese fabricado aquella húmeda gruta, digna morada de una sílfide. Apenas el curioso viajero sienta el pié en su entrada, retrocede asustado al retumbo del torrente que pasando por encima conmueve aquella bóveda. Atruenan los oídos, y los ojos no ven más que una inmensa cortina de agua, que se dijera está colgando delante de la especie de ancha ventana que en la gruta se abre, si no indicasen el furor con que se lanza raudales de nevada espuma que rebotan desde el rellano hasta salpicar al atónito observador que apoyado en el rústico ante-

(1) Publicólo en 1830 el incansable anticuario don Jaime Ripoll en uno de sus muchísimos opúsculos y dice así:

✠ HIC WIELME IACES PARIS ALTER ET ALTER ACHILLES  
NON IMPAR SPETIE NON PROBITATE MINOR  
ET TVA NOBILITAS PROBITAS TVA GLORIA FORMA  
INVIDIOSA TVOS SVSTVLIT ANTE DIES  
Ĝ (ergo) DECVS TVMVLO PIA SOLVERE VOTA SEPVLTIO  
O IUVENES QVORVM GLORIA LAVSQVE FVI.

Cuanto hemos dicho acerca de Guillelmo Berenguer está sacado del citado opúsculo del señor Ripoll y de los *Condes Vindicados* del señor de Bofarull, tomo 1.º, pág. 245; y como ambos prueban con las más sólidas razones el retiro del hermano de don Ramón *el Viejo*, no hemos vacilado en presentarlo con toda la seguridad histórica, aunque como todo lo de aquellos tiempos no pasase de los límites de una muy fundada probabilidad.

(a) Son notables en esta iglesia una imagen de la Virgen, de alabastro, perteneciente, según puede apreciarse por sus detalles, á la primera época del goticismo; y otra representando á San Miguel, de madera, con bella armadura del siglo xvi.

pecho contempla la honda sima donde bulle mugiendo el agua. Y como si la naturaleza, fecunda en sublimes invenciones, quisiese embellecer con sus fenómenos tan ameno sitio, despliega delante de la cascada un riquísimo arco iris, que se dibuja en las partículas más imperceptibles de la espuma aislado y aéreo como una dulce aparición, ó cual el vislumbre de la mágica y celeste aureola del genio que mora en aquellas aguas y en las vecinas cavernas (1).

Dejando atrás tan bulliciosa agua, ábrense espléndidas esas grutas que se presentan como riquísimas galerías. Las delicadas labores que ornán el techo, los afilegranados detalles que cubren las paredes parecen momentáneamente obra de la más rica, de la más espiritual de todas las arquitecturas; y sin embargo aquellas estalácticas no deben su origen al genio gótico, sino á la misma naturaleza. Pero ¿quizás el artífice bebió en ese inagotable manantial la abundancia y frescura de sus esculturas! ¿Qué arquitectura es más viva y sublime expresión de la naturaleza, así en su parte material como en su espíritu, que la de la edad media? Mucho se ha ponderado el origen del más bello de los capiteles, y harto innumerables son los edificios que han embellecido el cesto y las hojas de acanto desde que formaron parte constitutiva de un orden. Hermosas son las columnatas griegas y romanas que asemejan hileras de robustos y contorneados álamos en una vasta llanura. Mas ¿dónde está la naturaleza de las montañas, de los bosques, la naturaleza fecunda, rica, variada y pomposa? El arte gótico arranca á las selvas drúidicas sus más sombríos, altos y corpulentos árboles, y petrificándolos en medio de sus catedrales, levanta osados pilares que, encorvando

(1) Debe también este arroyo su celebridad á su propiedad de cubrir con una capa petrífica y blanquecina cuanto permanece por algún tiempo dentro de sus aguas, fenómeno que procede del mismo álveo. Como éste se forma de piedras calcáreas lenticulares en perfecta descomposición, sus partículas pulverizadas se pegan á todas las materias que á él se arrojan; experimento curiosísimo, que da nueva materia á los objetos sin por esto variar enteramente su forma.

á una y otra parte sus frondosos ramos, reúnen en el centro en delicada ojiva ó en perfecto semicírculo. El nuevo bosque de piedra, crece en frondosidad; nuevas ramas asoman por encima de las primeras, y airosísimas galerías guarnecen en lontananza como azulados pinos la cima de sus cenicientas paredes. El sol apenas penetra en aquella espesura, y sin embargo en las copas y en las ramas, en los capiteles y en los florones mécese con frescura y abundancia las frutas y los pájaros, al paso que pueblan aquella segunda naturaleza enormes fieras y horrendos animales. Salta bramando como impetuosa cascada la armonía del órgano, mientras hondamente ladran y aúllan las campanas en la cima de los campanarios, donde, como en cumbre de elevados montes, construye su nido la cigüeña. Y retrocediendo un tanto en la historia del arte cristiano, las cavernas sajonas, las cuevas bizantinas y lombardas abren sus negros senos, tristes y melancólicos como es triste y melancólica la naturaleza del Norte, ó se hunden en sus *criptas*, en sus iglesias subterráneas, encima de las cuales pasa bramando el torrente de la persecución (1). Pero si las afligranadas agujas, las trabajadas fachadas, los riquísimos arabescos enriquecen las producciones de los siglos XIV y XV, duda el ánimo que les sea suficiente aprecio y alabanzas llamarlas sublimes y maravillosas estalácticas. — Las de San Miguel del Fay son en tanto el embeleso de cuantos las visitan, y la amable sífide que mora allí disfruta de una habitación deliciosamente encantadora.

Sin embargo también en sus graciosas bóvedas retumban ahora los silbidos mortíferos de las balas, que ahuyentaron al genio de paz y dulzura que reinaba en tan apacibles lugares. Las aguas del arroyo reflejan á menudo el funesto brillo de las armas, y sus pacíficas ondas más de una vez retratan las turbulentas facciones del combatiente que en ellas apaga su ardorosa

(1) En los primeros siglos de la Iglesia llamáronse *criptas* los subterráneos donde celebraban los cristianos los divinos oficios y sepultaban los cuerpos de los Mártires.

sed. La pequeña iglesia está desierta; ningún viajero visita su recinto; y ya no se oye el alegre rumor de los que acudían á disfrutar de la calma y libertad de aquel retiro. Sola la cascada sigue precipitándose desde su acostumbrada altura para volver á entrar en su sosegado cauce: — ley eterna de la naturaleza, que á todas las cosas señaló su curso y seguro camino, al cual irremisiblemente deben regresar cuando de él se hubieren desviado! (a).

(a) Al escribir estas líneas, que vieron la luz en 1839, ardía en Cataluña la guerra civil, cuyos terribles episodios tanto impresionaban el alma generosa de Piferrer.

Hoy en día, que merced á los cortos períodos de paz que ha gozado el país, ha podido llevarse el espíritu de la civilización moderna hasta aquellas escarpadas montañas, vese el pintoresco sitio de San Miguel del Fay muy frecuentado, gracias á la reciente construcción de los ferro-carriles de Mollet á Caldas y de Granollers á San Juan de las Abadesas, y á la carretera provincial de San Felí de Codinas á Centellas que pasando á corta distancia de San Miguel facilita la excursión al mismo. En la antigua casa monacal se da regular hospedaje á los viajeros.

